BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

VENCE LA TENTACION

Imita a los valientes

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34
41003 SEVILLA

ISBN: 847770-653-0
D.L.: Gr. 2.420-04
Impreso en España
Con licencia eclesiástica

PRESENTACION

Voy a hablar de las tentaciones que son propias de toda la vida humana, pues conviene saber que hay en nuestra naturaleza, por efecto del pecado original, tres malas inclinaciones que el evangelista San Juan resume en estas palabras, al decir: «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos *(o avaricia)* y soberbia u orgullo de la vida» *(1 Jn.2,16).*

Todo hombre es tentado al mal por los tres enemigos del alma: el mundo, el demonio y la carne, de los cuales ya he expuesto lo que debemos saber de ellos en estos libros: 1) El mundo y sus peligros: Los males del mundo; *2)* El diablo anda suelto, *y 3)* La educación sexual, *en el que hablo claramente de la concupiscencia y de la masturbación, y además* Senda desconocida *(cuatro cartas sobre la virginidad)...*

Mas ahora en el presente, mi finalidad es hablar de la tentación en sí, de la lucha que tenemos que sostener con dichos enemigos, de la tentación en los planes de Dios y cuándo ésta es pecado, cómo debemos vencerlas, etc., para terminar con un extracto de las tentaciones de San Antonio Abad y las reflexiones que inserta sobre ellas San Atanasio en la vida del santo.

«Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque, probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman» *(Sant.1,12).*

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

LAS TENTACIONES

La tentación y sus clases

Tentación es todo lo que solicita al hombre al pecado. La Escritura compara la tentación a una criba (Lc.22,31), que separa el trigo del grano y de la paja y el buen grano se queda, el grano malo cae y desaparece; así los verdaderos fieles, los justos resisten a las tentaciones mientras que los cobardes, los pecadores que viven en pecado mortal, que son absorbidos casi por entero por las preocupaciones de la vida y son devorados por una sed miserable de placeres y diversiones, y a su vez consumidos en una ignorancia religiosa, al igual que todos los impíos, sucumben ...y ¡van camino del infierno!...

Los apóstoles y en general todos los seguidores de Jesús, para llegar al cielo tendrán que pasar por las tentaciones o pruebas del demonio y ser zarandeados *como el trigo* en la criba.

Las tentaciones se suceden como las olas a las olas, los vientos a los vientos, el eslabón de una cadena a otro eslabón; y muchas veces se experimentan varias tentaciones a la vez...

La tentación comprende las aflicciones, las tribulaciones y las pruebas... Mas hemos de saber sufrirlas con la gracia de Dios, porque *«por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech.14,2).

La prosperidad es también una tentación peligrosa; la elevación, el honor y la alabanza son tentaciones terribles... Hay tentaciones del demonio, del mundo y de la carne... Hay tentaciones que no hacen cometer más que un solo pecado; otras hacen cometer muchos a la vez, como la tentación de Adán y Eva, que contenía en sí el orgullo, el descontento, la curiosidad, la fe en las palabras de la serpiente, la desobediencia y la gula.

«Siempre que hemos vencido a semejantes enemigos, dice San Gregorio Magno, hemos de estar necesariamente dispuestos a vencer a los otros.»

Dice el Apocalipsis que el dragón, es decir, Satanás, se fue, lleno de rabia, dispuesto a hacer una guerra cruel e incesante (12,17). Cobardía, mentira, habilidad, promesas, furor, crueldad y malicia, todo lo emplea el maligno espíritu...

Cuando solo, o con todas sus legiones, no puede triunfar, Satanás llama en su auxilio a los demonios encarnados, es decir, a los escandalosos y corruptores... Llama en su auxilio a las tres concupiscencias de que nos habla San Juan (1 Jn.2,16).

San Agustín reduce las tentaciones a dos clases: una para «probar», la cual viene directamente de Dios; otra para «seducir» que tiene por autor al demonio, el cual, para conseguir más fácilmente su fin, se sirve del mundo y de nuestra concupiscencia.

¿De dónde proceden las tentaciones?

«Según el Doctor Angélico, el oficio propio del

demonio es tentar. Sin embargo, añade en seguida, que no todas las tentaciones que el hombre padece proceden del demonio; las hay que traen su origen de la propia concupiscencia, como dice el apóstol Santiago: ¿«Cada uno es tentado por sus propias concupiscencias, que le atraen y seducen» (Sant.1,14).

Con todo, es cierto que muchas tentaciones proceden del demonio, llevado de su envidia contra el hombre y de su soberbia contra Dios.

Consta expresamente en la divina revelación: *«Revestíos de la armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo; que no es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires»* (Ef.6,11-12). Y San Pedro compara el demonio a un león enfurecido que anda dando vueltas en torno nuestro deseando devorarnos (1 Ped.5,8).

Los enemigos del alma: mundo, demonio y carne están en continua actividad intentando seducirnos al pecado:

1. *El mundo*, los hombres malos y perversos con sus falsas doctrinas y errores, ese conjunto extraño de seres frívolos, obcecados que siguen a ciegas la ley de los sentidos y el grupo de malvados vendidos a Satanás, nos brindan fiestas, diversiones, placeres que son otras tantas solicitaciones para pecar. No siempre el mundo quiere tentarnos; pero a veces nos tienta con plena deliberación; y siempre es un peligro, queriendo o no queriendo nos tienta.

2. *El demonio*, el príncipe de los ángeles rebeldes, el *«padre de la mentira»* (Jn.8,44), el adversario del género humano, con toda deliberación y con encono quiere perdernos. Conoce bien nuestra naturaleza, y tiene medios para agitarla; cuenta con muchos satélites en el mundo, y los alienta, los organiza, los lanza al asedio de nuestras fortalezas. Es el gran tentador, que intenta seducir y desviar la mente de los hombres para que quebranten los mandamientos de Dios, mas no puede vencer a los que no consienten... Y no debemos olvidar que el tentador no es omnipotente, que sobre nuestra persona sólo tiene el poder que nosotros mismos le concedemos.

3. *La carne*. Esta sigue su ley: la ley de los sentidos, que es distinta de la ley de la razón. No es de suyo pecaminosa; tiende hacia el objeto; y en el plan de Dios tiene su fin santo; la conservación del individuo y de la especie...;' pero puede oponerse a la ley de la razón, y en el estado de naturaleza caída «del pecado es y al pecado nos inclina».

Del pecado es, porque en el estado de justicia original las facultades sensitivas estaban sujetas por decreto de Dios a la razón, y perdimos por el pecado tan alto privilegio; *el pecado nos inclina*, porque de suyo no atiende a la ley moral y con frecuencia nos brinda un fruto prohibido.

En resumen: la carne no es de suyo un elemento sedicioso, pero lo es con frecuencia en el estado actual de la naturaleza caída. Nos tienta –diríamos– sin querer.

Juan de los Angeles escribe: «Hermano mío (a ti que vas leyendo esta escritura), tú ¿no sabes que

esa carne que tanto regalas, para quien se buscan los manjares preciosos, los vinos costosos, la seda, el oro, las piedras de oriente, los contentos y placeres vanos; esa de quien tanto te fías, con quien tan familiarmente te tratas, a quien de día y de noche sirves; esa con quien duermes, trata de quitarte la vida del alma y entergarte a los demonios, enemigos tuyos para siempre?».

Jesucristo fue tentado por el demonio

Jesucristo, después de recibir el bautismo *«se retiró al desierto a donde le llevó el Espíritu Santo para ser tentado por el diablo»* (Mt.4,1), y de hecho le tentó.

El Hijo de Dios al hacerse hombre con todas las miserias y humillaciones de la naturaleza caída, excepto el pecado, quiso pasar por la humillación de ser tentado, y ¿por qué quiso pasar por esta prueba? Para compadecerse de nuestras debilidades y servirnos de ejemplo (Heb.2,18;4,15); para enseñarnos a luchar en la tentación y resistir a ella y así convencernos que hemos de ser experimentados para salvarnos; para enseñarnos que la tentación no es un pecado; para probarnos que con la gracia se pueden vencer todas las tentaciones y que hemos de prepararnos a todas ellas y esperarlas...

San Agustín dice: «Jesucristo ha sido tentado, para que el cristiano no fuese vencido por el tentador, y vencedor Jesucristo, fuésemos nosotros también vencedores».

Durante cuarenta días estuvo Jesús en el desierto y durante ellos le tentó el demonio, acaso muchas veces. De esas tentaciones el Evangelio sólo nos ha conservado tres, que fueron de gula, vanagloria y ambición. Las tres las venció Jesús y con su ejemplo nos mueve a ser victoriosos...

Con estas tentaciones, que fueron sólo externas, el demonio sin duda trataba de averiguar si Jesús era el Mesías. El admiraba a Jesús por su abstinencia y al ver en Él signos de debilidad humana empieza por tentarle de gula.

1.ª tentación: Palabras del demonio (que se presentaría probablemente en figura humana y no como tal diablo, para mejor realizar su propósito): *«Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan»*)Mt.4,3). Respuesta de Jesús: *«No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».*

Aquí podemos decir que la palabra de Dios es el primer alimento, pero más propiamente Jesús quiso decirle que Dios tiene mil medios para alimentar al hombre...

¡Cuántas veces repite el demonio esta táctica! Espera vg. a que un joven tenga hambre de placer, y cuando las pasiones despiertan, le presenta diversiones, placeres groseros... y le dice: Puedes satisfacer fácilmente esa hambre... Y si pasa apuros económicos, le dice: Podrías tan fácilmente subir y medrar, y le aconseja un negocio sucio, que el mundo lo aprueba... No seas tonto, no padezcas hambre...

Mas ¿qué ha de contestar el joven? No sólo de pan vive el hombre. Yo tengo vida sobrenatural

divina, vida que vale más que la vida material, y debo sostenerla conservando la gracia de Dios en mi alma, cuya gracia es el alimento que debo buscar y no debo sacrificar esta vida sobrenatural por lo que haga al cuerpo... No quiero matar mi vida sobrenatural...

2.ª tentación. El demonio derrotado no desiste. No hay que extrañarse que vencida una tentación nos asalte en seguida con otra y otra. Esta fue la segunda tentación: *«Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo...».* Le tienta de vanidad, era como decirle: comienza manifestándote gloriosamente para llamar la atención. Entenderemos el por qué le hablaba así, sabiendo que por aquel tiempo se corría la idea de que el Mesías aparecería de una manera espectacular, algo así como llovido del cielo. Y Satanás aprovecha este ambiente del pueblo para conducir a Jesús al Pináculo del templo, que dominaba el valle de Josafat o torrente Cedrón, y por eso le dijo: *Échate de aquí abajo».* Te verán caer todos los que se congregan en los atrios del templo: y al verte descender te aclamarán como Mesías.

No temas, pues *«escrito está: A sus ángeles encargará que le tomen en sus manos para que no tropiece tu pie contra una piedra».*

Esto era tentar a Dios. Tentar a Dios es meterse voluntariamente en un peligro, y querer que Dios nos libre milagrosamente de él. Esto lo prohíbe Dios. Por eso Jesús contesta con las palabras de la Escritura: *«No tentarás al Señor tu Dios».*

Este mismo procedimiento sigue el demonio con los hombres, impulsarles a que se metan en la

ocasión de pecado y darles confianza: ¡No te pasará nada! No hay que tentar a Dios y ¡cuánto se le tienta!

Muchos se arrojan en las ocasiones de pecado más peligrosas y quieren no pecar. Leer libros impíos y conservar la fe. Contemplar espectáculos obscenos y no inmutarse. Tenergos perversos y no contaminarse... Caerás, si no evitas la ocasión... ¿Qué debes hacer ante estas tentaciones? Desprecia la vanidad, obedece a los planes de Dios y no desafíes los peligros imprudentemente...

3.ª tentación. El demonio vencido no desiste. De nuevo va a tentar a Jesús, llevándole a un monte elevado, y le enseña los campos y pueblos que se ven a simple vista. Después, con el poder que tiene sobre la fantasía, le hace ver todos los reinos del mundo y todas las grandezas, y poniéndole delante aquella visión fantasmagórica, le dice: *«Todo esto te daré si de hinojos me adorares».*

El demonio, dice la Escritura, es *«el príncipe de este mundo»* (Jn.12,31; 14,30), esto es, príncipe de los amantes de este mundo, del mundo de los impíos y de los malos y lo que promete son reinos materiales, y por eso en su soberbia se atreve a decir a Jesús: *«a mí me han sido entregados estos reinos del mundo»* y *«todo esto te daré si postrado me adorares»...*

Entonces Jesús, ante tanta insolencia, Él que es *«el que tiene todo poder en el cielo y en la tierra»* (Mt.28,18) y que pudo decir *«mi reino no es de este mundo»* y lo que promete no son bienes materiales, confunde al demonio diciéndole: *«Apártate de mí, Satanás, porque escrito está: «Al*

Señor tu Dios adorarás y a Él sólo darás culto».

El diablo quedó desenmascarado por Jesús..., mas hoy sigue tentándonos a todos ofreciendo bienes materiales a cambio de nuestras almas... ¡Cuánto aprecia Satanás un alma! A Jesucristo le ofreció el mundo entero por ella. Y si estuviera en su mano a cada hombre le ofrecería también el mundo a cambio del alma. Pero no necesita ofrecer tanto. ¡Qué baratas compra las almas el demonio en el mercado del mundo! Le basta ofrecer unos miles de pesetas. Saldrás de apuros si me entregas el alma. Otras veces ofrece menos: Te proporciono un momento de placer, un rato de conversación libre...

¡Qué baratas venden los cristianos las almas cuando vemos que Jesucristo dio su sangre de valor infinito por rescatarla del demonio!

Estemos muy sobre aviso, rechacemos las sugerencias del demonio aunque venga ofreciéndonos el mundo entero. *«¿De qué vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?»* (Mt.16,26). El mundo es efímero, todo desaparecerá... El alma es eterna y será eternamente feliz o desgraciada... Si hoy nos llamara Dios a cuentas ¿tenemos el alma limpia de pecado?...

Los santos son también tentados...

El diablo tienta con frecuencia a los santos. Si Jesucristo fue tentado, todos también lo seremos. Las almas buenas son las más tentadas. La Sagrada Escritura dice: *«Hijo mío, en cuanto comiences a*

servir a Dios prepara tu alma para la tentación» (Eclo.2,1). A las personas entregadas al vicio y al pecado, el diablo no necesita tentarlas, porque ya son suyas; mas a las que viven en gracia y no son suyas, a esas son las que tienta para atraerlas...

San Pablo nos habla de sus tentaciones al decir: *«Fueme dado un aguijón de carne, un ángel de Satanás, que me abofetea para que no me engría»* (2 Cor.12,7). Y exclamaba: *«¡Qué desgraciado soy! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte, o mortal concupiscencia?... Veo en mis miembros otra ley que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros»* (Rom.7,23-24).

Todos los santos tuvieron fuertes tentaciones: San Hugo, obispo de Grenoble (m.1132), fue mucho tiempo molestado de pensamientos de blasfemia; San Francisco de Sales, obispo de Ginebra (m.1622), del pensamiento de que estará reprobado por Dios. San Benito Abad (9m.543) de representaciones deshonestas, las cuales echó de sí revolcándose sobre ortigas y espinas. San Francisco de Asís (m.1226) venció semejante tentación sumergiéndose en un estanque helado...

Otros muchos santos padecieron tentaciones contra la fe..., y algunas duraron por años enteros. Es también tentación, vg. cuando un hombre al irse a confesar o ejercitar otra obra buena, se siente sobrecogido de gran congoja o pensamientos medrosos...

«Los justos son tentados» como los demás hombres (Sab.18,20). No son los buques vacíos los que temen a los piratas, dice San J. Crisóstomo,

sino los que están cargados de oro, de plata y de piedras preciosas: de la misma manera el demonio no atormenta fácilmente al pecador sino más bien al justo, en quien se hallan grandes riquezas en virtudes y en méritos.

«Cuando adelantamos en la virtud, dice San Gregorio Magno, los espíritus malos, siempre llenos de cruel envidia contra los que practican el bien, tratan de tentarnos más».

San Hilario de Poitiers nos dice: «Los demonios tientan más a los santos, porque su triunfo es extraordinario, si pueden vencerlos».

«Comprendemos bien, dice San León Magno, que cuanto más nos dediquemos a nuestra salvación, con mayor impetuosidad se arrojarán sobre nosotros nuestros adversarios... Jamás cesan las pruebas de la persecución mientras se practica la piedad».

Esto ya lo predijo Jesucristo: *«Seréis odiados por todos los hombres a causa de mi nombre»* (Mt.24,9). *«Si el mundo os odia, sabed que a Mí me ha odiado antes que a vosotros. Si del mundo fuerais, el mundo amaría lo suyo; mas, porque no sois del mundo, sino que Yo os elegí y separé del mundo, por eso el mundo os odia. Acordaos de la palabra que os dije: «No es el siervo más que su señor. Si a Mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán»* (Jn.15,18-20).*«En el mundo padeceréis tribulaciones»* (Jn.16,33).

«Podemos ser mártires sin la cuchilla, dice San Gregorio, si tenemos paciencia en las tentaciones» (Moral).

La historia de la tentación

La primera tentación que hubo sobre la tierra, fue la de nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, la que bien podemos decir fue preludio y ejemplo típico de todas las demás tentaciones.

La Sagrada Escritura la describe con unas pocas, pero instructivas frases. En ellas podemos ver la estrategia solapada del demonio en su oficio de tentador como en el relato impresionante de esta tentación de la primera mujer, que ocasionó la ruina de toda la humanidad.

Examinemos el relato bíblico fijándonos en el tentador, la tentación y los tentados. *El tentador* es el demonio *«aquella antigua serpiente, que se llama diablo y también Satanás»* (Apoc.12,9), es decir, el diablo, el «enemigo» eterno de Dios y del hombre se ocultó bajo la mascarilla de la serpiente y tentó a nuestros primeros padres, y como dice la misma Escritura «por envidia del diablo entró la muerte en el mundo» (Sab.2,24). Este ser tenebroso procuró con la tentación lograr su objetivo mediante la mentira. Veamos la psicología de la tentación, y del relato bíblico deduzcamos sus enseñanzas más importantes. (Véase «Teología de la Perfección». P. Royo Marín).

Psicología de la tentación

a) Se acerca el tentador. – No siempre lo tenemos a nuestro lado. Algunos Santos Padres y teólogos creen que al lado del ángel de la guarda,

deputado por Dios para nuestro bien, tenemos todos un demonio, designado por Satanás para tentarnos y empujarnos al mal; pero esta suposición no puede apoyarse en ningún texto de la Sagrada Escritura del todo claro e indiscutible. Parece más probable que la presencia del demonio junto a nosotros no es permanente y continua, sino circunscrita a los momentos de la tentación. Esto parece desprenderse de ciertos relatos bíblicos, sobre todo de las tentaciones del Señor en el desierto, terminadas las cuales dice expresamente el sagrado texto que el demonio se retiró de Él por cierto tiempo: *«diabolus recessit ab illo usque ad tempus»* (Lc. 4,13).

Pero aunque a veces se aleje de nosotros, lo cierto es que otras muchas veces el demonio nos tienta. Y aunque en ciertas ocasiones se lanza repentinamente al ataque sin previa preparación –con el fin de sorprender al alma–, otras muchas, sin embargo, se insinúa cautelosamente, no proponiendo en seguida el objeto de la tentación, sino entablando diálogo con el alma.

b) Primera insinuación. – «¿Conque os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del paraíso?».

El demonio todavía no tienta, pero lleva ya la conversación al terreno que le conviene. Su táctica continuá siendo la misma hoy como siempre. A personas particularmente inclinadas a la sensualidad o a las dudas contra la fe les planteará en términos generales, y sin incitarlas todavía al mal, el problema de la religión o de la pureza. «¿De ver-

dad que Dios exige el asentimiento ciego de vuestra inteligencia o la omnímoda inmolación de vuestros apetitos naturales?».

c) La respuesta del alma. – Si el alma, al advertir que el simple planteamiento del problema representa para ella un peligro, se niega a dialogar con el tentador –derivando, por ejemplo, su pensamiento e imaginación a otros asuntos completamente ajenos–, la tentación queda estrangulada en su misma preparación y la victoria obtenida es tan fácil como rotunda: el tentador se retira avergonzado ante el olímpico desprecio. Pero si el alma, imprudentemente, acepta el diálogo con el tentador, se expone a grandísimo peligro de sucumbir:

«Y respondió la mujer a la serpiente: Del fruto de los árboles del paraíso comemos, pero del fruto del que está en medio del paraíso nos ha dicho Dios: No comáis de él ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir».

El alma se da cuenta de que Dios le prohíbe terminantemente realizar aquella acción, entretenerse en aquella duda, fomentar aquel pensamiento o alimentar aquel deseo. No quiere desobedecer a Dios, pero está perdiendo el tiempo recordando que *no debe hacer eso.* ¡Cuánto más sencillo sería no haber llegado siquera a tener que recordar sus deberes morales, estrangulando la tentación en sus comienzos y no molestándose siquiera en ponderar las razones por las que debe hacerlo así!

d) Proposición directa del pecado.– El alma

ha cedido terreno al enemigo, y éste cobra fuerzas y audacia para intentar directamente el asalto:

Y dijo la serpiente a la mujer: No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal».

El demonio presenta un panorama deslumbrador. Detrás del pecado se oculta una inefable felicidad. Ya no sugiere al alma el pensamiento de que «será como Dios» –esa utopía sólo pudo presentarla una vez–, pero le dice que será feliz si se entrega una vez más al pecado. «En todo caso –añade–, Dios es infinitamente misericordioso y te perdonará fácilmente. Goza una vez más del fruto prohibido. Nada malo te sucederá. ¿No tienes experiencia de otras veces? ¡Cuánto gozas y qué fácil cosa te es salir del pecado por el inmediato arrepentimiento!».

Si el alma abre sus oídos a estas insinuaciones diabólicas, está perdida. En absoluto está todavía a tiempo de retroceder –la voluntad no ha dado todavía su consentimiento–; pero, si no corta en el acto y con energía, está en gravísimo peligro de sucumbir. Sus fuerzas se van debilitando, las gracias de Dios son menos intensas, y el pecado se le presenta cada vez más sugestivo y fascinador.

e) La vacilación.– Escuchemos el relato bíblico:

«Vio, pues, la mujer que el árbol era bueno

para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él sabiduría...».

El alma empieza a vacilar y a turbarse profundamente. El corazón late con violencia dentro del pecho. Un extraño nerviosismo se apodera de todo su ser. *No quisiera* ofender a Dios. Pero, por otra parte, ¡es tan seductor el panorama que se le pone delante! Se entabla una lucha demasiado violenta para que pueda prolongarse mucho tiempo. Si el alma, en un supremo esfuerzo y bajo la influencia de una gracia eficaz, de la que se ha hecho indigna por su imprudencia, se decide a permanecer fiel a su deber, quedará fundamentalmente vencedora, pero con sus fuerzas maltrechas y con un pecado venial en su conciencia (negligencia, semiconsentimiento, vacilación ante el mal). Pero las más de las veces dará el paso fatal hacia el abismo.

f) El consentimiento voluntario.

«Y cogió de su fruto y comió, y dio también de él a su marido, que también con ella comió».

El alma ha sucumbido plenamente a la tentación. Ha cometido el pecado, y muchas veces –por el escándalo y la complicidad– lo hace cometer también a los demás.

g) La desilusión. – ¡Cuán distinto encuentra la pobre alma el pecado de como se lo había pintado la sugestión diabólica! Inmediatamente de haberlo consumado experimenta una gran decepción,

que la sumerge en la mayor desventura y en el más negro vacío:

«Abriéronse los ojos de ambos, y, viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos cinturones«.

La pobre alma se da cuenta de que lo ha perdido todo. Se ha quedado completamente desnuda delante de Dios: sin la gracia santificante, sin las virtudes infusas, sin los dones del Espíritu Santo, sin la amorosa inhabitación de la Santísima Trinidad, con pérdida absoluta de todos los méritos contraídos a costa de ímprobos esfuerzos durante toda su vida. Se ha producido un derrumbamiento instantáneo de toda su vida sobrenatural, y sólo queda, en medio de aquel montón de ruinas, su amarga decepción y la carcajada sarcástica del tentador.

h) La vergüenza y el remordimiento. – Inmediatamente se deja oír, inflexible y terrible, la voz de la conciencia, que reprocha el crimen cometido:

«Oyeron a Yavé Dios, que se paseaba por el jardín al fresco del día, y se escondieron de Yavé Dios Adán y su mujer en medio de la arboleda del jardín. Pero llamó Yavé Dios a Adán, diciendo: Adán, ¿dónde estás?».

Esta misma pregunta, que formula al pecador su propia conciencia, no tiene contestación posi-

ble. Sólo cabe ante ella caer de rodillas y pedir perdón a Dios por la infidelidad cometida y aprender de la dolorosa experiencia a resistir en adelante al tentador *desde el primer momento,* o sea, desde el simple planteo de la cuestión, cuando la victoria es fácil y el triunfo seguro bajo la mirada amorosa de Dios.

La tentación en los planes de Dios

«Dios no tienta a nadie». He aquí lo que debemos tener presente, como nos dice el apóstol Santiago: «*Nadie en la tentación diga: Soy tentado por Dios. Porque Dios ni puede ser tentado al mal ni tentar a nadie*» (Sant.1,13).

La tentación no puede ser querida por Dios, ni Dios puede ser autor de ella. Puede, en cambio, permitirla por los frutos que de ella se siguen, como la permitió en Cristo y en los santos.

El P. Suárez hablando de las tentaciones de Jesús, dice: «El Espíritu Santo condujo a Cristo al desierto con la intención de permitir que fuera tentado por el demonio por el efecto y fruto de la tentación, que conocía de antemano».

Por esto no es extraño que a veces se diga que Dios tienta. Pero debe entenderse que Dios permite las tentaciones y nada más.

A la tentación, por ser criatura en el sentido ignaciano, pueden aplicarse las palabras del autor de los «Ejerciciso»: «Y todas las cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden a la persecución del fin para el que es

creado». Esto quiere decir que la tentación tiene también su lado divino.

Los santos han sabido considerarlas por ese lado. Así pudo exclamar el apóstol Santiago: *Tened, hermanos míos, por sumo gozo veros rodeados por diversas tentaciones... Bienaventurado el varón que soporta la tentación»* (Sant.1,2 y 12).

Iluminados con el don de sabiduría, ven los santos cúan preciosa es la tentación, porque al asaltarnos ésta, Dios está junto a nosotros con sus gracias especiales, ya que durante aquellas cuida de nosotros con especial amor y solicitud. En una palabra, haciendo suyas las palabras del apóstol: *«sabemos que Dios hace discurrir todas las cosas para el bien de los que ama»* (Rom.8,28), los santos miran las tentaciones como especiales indicaciones de la predilección divina.

De nuestra parte hemos de estar sobre aviso, porque las tentaciones vendrán, pero sepamos que Dios no nos abandona, ya que junto a la tentación está siempre la gracia. El apóstol nos lo dice así: *«El que crea estar en pie, mire no caiga; no os ha sobrevenido tentación que no fuera humana, y fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; antes dispondrá con la tentación el éxito para que podáis resistirla»* (2 Cor.10,12-13).

El demonio, dice Santo Tomas, tienta en la medida que Dios permite. Dios conoce las tentaciones, regula su violencia, calcula sus efectos y las permite en proporción a nuestras fuerzas. O nos ayuda en relación con la prueba que en su providencia ha permitido.

Cuanto es mayor la tentación, mayor es el auxilio de Dios. Y no es infrecuente que un período de tentaciones extraordinarias le sea también de gracias especiales.

Dios permite las tentaciones para la salvación de nuestra alma, pues con ellas nos da ocasión de merecer. No se propone, pues, otro fin que nuestro bien. El tentador, por el contrario, el demonio procura nuestra ruina. Esto se ve en la historia de Job, lo que nos demuestra que algunas tentaciones vienen contra el hombre sin culpa suya. Aun podemos decir que las tentaciones son «prueba del favor de Dios»: por eso dijo el ángel a Tobías: Porque eras grato a Dios, fue menester que la tentación te probara» (Tob.12,14)...

San Efrén, siro, tuvo el siguiente ensueño o visión: Sobre la puerta de una gran ciudad corrompida, vio a un solo demonio dormitando y dando vueltas con fastidio, mas en el yermo vio en torno de la celda de un solitario, todo un enjambre de diablos con gran ocupación.

La razón es porque los ciudadanos de malas costumbres hacen ya lo que quiere el demonio, y así con ellos no tiene nada que hacer; pero los solitarios le resisten con todas sus fuerzas, y así mira de tentarlos por todos los modos posibles.

Las circunstancias de tener uno muchas tentaciones, indica que goza la amistad de Dios y es enemigo del demonio. San Juan Crisóstomo dice: Tampoco los perros ladran a la gente de casa, sino sólo a los extraños. Todos los santos, como ya hemos dicho, tuvieron graves tentaciones.

Necesidad de las tentaciones
Estas no son pecado

1. *Necesidad de las tentaciones.* «Nuestra vida en este destierro, dice San Agustín, no puede pasar sin tentaciones, porque nuestro adelanto espiritual se verifica por la tentación; no podemos conocernos sino por la tentación; no podemos ser coronados sin haber vencido; no podemos vencer sin combatir, y no podemos combatir sin enemigos ni tentaciones».

«No hay victoria sin combate» (S. Cipriano). «No hay grandes obras de virtud sin las pruebas de las tentaciones; la fe se confirma con las agitaciones, no hay combate sin enemigo, y no hay victoria sin llegar a las manos. Si queremos triunfar, es preciso combatir» (S. León Magno).

Por esta causa sometió Dios, primero a los ángeles y luego a los hombres, a una prueba, como los vemos en Job y en Tobías. Lucha es la vida del hombre sobre la tierra (Job.7,1). La vida del cristiano es un certamen (1 Cor.9,25). Con todo, nunca permite Dios que *«seamos tentados sobre nuestras humanas fuerzas» (1 Cor.10,13).*

Porque eras agradable al Señor, dijo el ángel a Tobías, *ha sido preciso que fueses experimentado por la tentación»* (12,13). *El reino de los cielos sufre violencia,* dice Jesucristo, *y sólo por violencia puede arrebatarse* (Mt.11,12)... y *«por muchas tribulaciones,* dice San Pablo, *hemos de entrar en el reino de Dios»* (Hech.14,21).

2. *La tentación no es pecado.* La puerta del pecado es la voluntad. Ningún mal moral es posi-

ble mientras la voluntad no lo quiera: mientras la puerta de la voluntad esté cerrada, el demonio y la imaginación podrán meter ruido alrededor del corazón, pero no podrán alterar su pureza.

Jesucristo y todos los santos han sido tentados, y por lo mismo la tentación en sí no es pecado. Ningún mal pensamiento, ninguna imaginación, aún la más horrible, es un pecado en sí. Todos esos pensamientos e imaginaciones están sin cesar bajo la mirada de Dios, que todo lo ve, y en nada manchan su pureza infinita.

Además, si la tentación nos ha degradado, molestado, contrariado, si nos ha inspirado horror, si la hemos sufrido contra nuestra voluntad no es imputable.

«Ser tentado es ser probado, toda tentación es una prueba o experimento de la virtud que poseemos; por eso la tentación no es mala; el tenerlas no es defecto, pero el consentirlas es pecado» (T. Bages).

San Francisco de Sales decía: «Aunque la tentación de cualquier pecado que sea, durase toda nuestra vida, no podrá hacernos desagradables a la Divina Majestad, con tal que no nos agrade, y que no la consintamos».

Ventajas de las tentaciones

Lejos de ser un mal la tentación, puede, al contrario, proporcionarnos una gran ventaja, porque ella nos da la ocasión de glorificar a Dios, porque resistiendo generosamente, le probamos nuestra fe-

licidad, derrotamos a sus enemigos y triunfamos. Además nos lleva a la humildad, enseñándonos el fondo malo que hay en nosotros; y también nos conduce al espíritu de oración, haciéndonos ver la necesidad de recurrir a Dios y a que velemos desconfiando de nuestras fuerzas y evitemos la ocasión del mal.

Las ventajas que podemos reportar de las tentaciones son enumeradas por los autores de la vida espiritual, y en resumen , las podemos reducir a éstas.

1. Nos prueban. Tanto valemos cuando somos probados. La medida de nuestro ser espiritual viene dada por nuestra fidelidad en las tentaciones.

2. Son útiles para inspirarnos tedio del mundo.

3. Expían nuestras culpas.

4. Acrecientan nuestros méritos y son fuente de consuelos y gozos espirituales.

5. Nos enseñan a ser humildes y mediante ellas arraigan más hondamente las virtudes. La piedad de las personas tentadas ofrece más garantía de estabilidad que la de aquéllas que no lo son.

6. Nos hacen redoblar la vigilancia y a confiar en el auxilio divino.

Dios está al lado de los suyos cuando son tentados. Está allí para protegerlos, ayudarlos y confirmarlos conforme a las palabras del salmista: *«Estoy con él en la tentación, le arrancaré de ella y le glorificaré»* (17,33).

«El oro se prueba en el fuego, y los hombres gratos a Dios, en el crisol de la humillación» (Eclo.12,5).

«La naturaleza de las tentaciones tiene por efecto ordinario hacernos salir de nuestra indiferencia, comunicándonos más fervor» (S.J. Crisóstomo).

La tentación experimenta la virtud, la fortifica y la conserva. «*Tened, hermanos míos, por sumo gozo veros rodeados de diversas tentaciones, considerando que la prueba de vuestra fe produce la penitencia*» (Sant.1,2-3).

La tentación, en fin, da a la virtud un carácter más firme y más sólido y nos enseña a conocernos, porque, como dice el Eclesiástico: «*¿Qué sabe el que no es tentado?*» (34,9-10).

¿Cómo vencer las tentaciones?

Grandes tentaciones están reservadas a los justos, pero el Señor los librará de todas ellas (Sal.33,20). Lo que necesitamos ante las tentaciones es no confiar sólo en nuestras fuerzas, sino recurrir a Dios y pedirle auxilio para emprender la lucha contra los enemigos de nuestra alma. «*Si Dios está a favor nuestro, ¿quién contra nosotros?*» (Rom.8,31).

Al hallarse David en presencia del gigante Goliat, le dijo: *Vienes hacia mí con la espada, la lanza y el escudo; pero yo voy hacia ti en nombre del Señor de los ejércitos. Y hoy el Señor te entregará en mis manos; yo te heriré y te cortaré la cabeza* (1 Sam.17,45).

Así es, dice San Agustín, y no de otra manera como se derrota al enemigo. El que pretende com-

batir con sus propias fuerzas, está ya vencido aun antes de empezar el combate.

¿Quién es poderoso y valiente? El que combate así las tentaciones y las vence. El que fortalece su voluntad al empezar la lucha, apoyado en Dios, triunfará... Hay heroísmo en vencer las tentaciones... Hay vergüenza y cobardía en dejarse vencer...

Medios principales para vencer las tentaciones:

1. El primer medio de vencer las tentaciones consiste en no exponernos por culpa nuestra. *«No déis entrada al diablo»* (Ef.4,27). *«El que ama el peligro, en él perecerá»* (Eclo.3,27). Kempis dice: «Si no te hicieres fuerza, no vencerás el vicio».

2. *Ocupación continua.* Este es un gran medio contra todas las tentaciones, pues «la ociosidad es madre de todos los vicios»...

3. *Pensar con frecuencia en Dios.* «La presencia de Dios es un remedio contra todos los vicios» (S. Basilio). El que se acuerda de Dios, se guarda de ofenderle. Santa Teresa recomendaba: amor y temor de Dios...

4. *Vigilancia, mortificación y oración.* Vigilad y orad para no caer en la tentación (Mt.26,41).

5. *Ejercicio del propio vencimiento:* resistir a las tentaciones, desconfiar de nosotros mismos y resistirlas desde el principio..., represión de la curiosidad, mortificación de la gula, etc. Recordar que Jesús se preparó para la tentación el ayuno y el retiro...

6. *La lectura de la Sagrada Escritura,* consultando a hombres instruidos y prudentes. Recordemos como Cristo respondió al demonio con las palabras de la misma Escritura... (Yo recomiendo mi libro: *«La Biblia explicada»*)...

Ante todo hemos de *tener voluntad de no sucumbir*..., no turbarse, ni cansarse, ni desesperarse en las tentaciones..., observar exactamente la Ley de Dios... También la señal de la cruz y el agua bendita tienen gran fuerza contra el mal espíritu. Como el perro del palo, así huye el demonio de la cruz... También es muy provechoso rezar una Avemaría, o repetir frecuentemente las invocaciones: ¡Jesús, María! Estos nombres dice San Juan Crisóstomo, tienen una interna fuerza contra el demonio: son nombres terribles para el infierno...

Para combatir la impureza y mantenerse casto, como ya recomiendo en mi libro: *«Educación de la sexualidad. ¿Qué decir de la masturbación?»*, pueden verse los medios principales que tenemos para resistir a la tentación. Allí podrá ver desarrollados entre otros estos medios: Fortificar la voluntad, fuera respeto humano, evitar los cines, televisión obscena, películas inmorales, las malas conversaciones, el trabajo, el peligro femenino, dar al sueño el tiempo preciso y levantarse a la hora fija y con presteza, etc. Orar y frecuentar los sacramentos, devoción a la Virgen, etc...

¿Es fácil vencer la tentación?

No hay duda que es fácil vencer las tentaciones

contando con el auxilio de la gracia de Dios. «Dios, dice San Agustín, no manda lo imposible, sino que mandando os advierte que hagáis lo que esté en vuestra mano y que pidáis lo que no podéis hacer; y os ayuda para que podáis hacer lo que es difícil».

Las tentaciones no han de faltar, y por eso Jesucristo nos enseñó a rezar así: *«No nos dejes caer en la tentación»...* Hay que luchar para vencer. Vencer es decir NO. La puerta del pecado, como tenemos dicho, es la voluntad. De la voluntad depende la victoria o la derrota.

Cuando vivimos en el mundo de hoy, dijo Pío XII, «tenemos necesidad de fuerza y de valor para triunfar a cada paso de las tentaciones, de las seducciones, de nuestras tendencias con un enérgico ¡no!».

Todos somos tentados, más unos por culpa propia, porque se meten ellos mismos en la boca del león, amando la ocasión y en ella está al acecho el tentador; no ponen a raya los placeres de la carne, y ésta en vez de decir «basta», siempre pide más. Otros son tentados a pesar de su voluntad decidida de obrar bien; los enemigos no descansan, nuestra vida es una lucha, y Dios quiere héroes para coronarlos.

Veamos algunos ejemplos. Primeramente el de *San Agustín,* quien por la lectura de la Biblia y confiando en Dios venció las tentaciones de la carne.

En el último combate que precedió a su conversión vio surgir la imagen de la castidad, «serena y alegre sin liviandad», halagándole para que se

acercase a ella y mostrándole niños y niñas, jóvenes y personas de todas las edades, viudas venerables y vírgenes ancianas. «Y en todos ellos la misma continencia no estéril, sino madre fecunda de hijos de los gozos de su Esposo, que sois Vos, Señor. Y ella se burlaba de mí, y con donaire me alentaba como diciendo: ¿No podrás tú lo que éstos y éstas? ¿Acaso éstos y éstas lo pueden por sí mismos, y no en el Señor su Dios? El Señor mi Dios me dio a ellos. ¿Por qué estribas en ti, que no puedes tenerte en pie? Arrójate en Él; no temas, que no se apartará para que caigas; arrójate seguro que Él te recibirá y te sanará»...

Agustín, refiriéndose a la hora de su conversión: «Y he aquí que oigo de la casa vecina una voz, no sé si de un niño o de una niña, que decía cantando, y repetía muchas veces: «Toma, lee; toma, lee»... Volví a toda prisa al lugar donde estaba sentado Alipio, pues allí había puesto el códice del apóstol al levantarme de allí; lo arrebaté, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos: *«No en comilonas ni embriagueces; no en fornicaciones y deshonestidades; no en rivalidad y envidia; sino vestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no hagáis caso de la carne para satisfacer sus concupiscencias»* (Rom.13,13-14). No quise leer más, ni fue menester; pues apenas leída esta sentencia, como si una luz de seguridad se hubiera difundido en mi corazón, todas las tinieblas de la duda se desvanecieron» (Conf.8,12,29).

Otro ejemplo el del escultor *Achtermann*, que nos pone de manifiesto su fuerza de voluntad. Cierto día fue invitado por un príncipe italiano a

hacer una obra contraria a la moral. Los honorarios habían de ser grandes. El escultor le contestó: «Toda Italia no tiene suficiente dinero para moverme a hacer semejante cosa».

El *Dr. Ringseis*, médico y luego profesor en Munich, acompañó a Kronprinz Luis de Baviera en un viaje a Nápoles. Allí hubo un baile. Al día siguiente, comentando la fiesta, uno de los caballeros dijo: «Es completamente imposible resistir a tales incentivos». Ringseis le contestó: «No es imposible, pero sí difícil». Y después de una breve pausa: «Señores, estudié medicina en Munich y Viena, luego para perfeccionar mis estudios, fui a París. He tenido bastantes ocasiones, y declaro sin ambages, que tuve también bastantes tentaciones. Pero Dios me es testigo: Blanco es aún hoy mi broquel. No, no es imposible».

Necesitamos fuerza de voluntad para vencer toda tentación. Por este motivo San Pablo de la Cruz decía: «Todo el infierno junto no puede haceros caer en la tentación, cuando vuestra voluntad es tan fuerte y constante en no consentir».

¿Cómo portarnos ante la tentación?

Sabemos que la tentación es una solicitación o una instigación o estímulo para cometer algún pecado, mas si Dios la permite es para probar nuestra virtud, pues Él nos prueba en el tiempo para ver si nosotros somos dignos de Él en la eternidad.

Vamos a considerar ahora cómo debemos conducirnos antes de la tentación, durante la tentación y después de ella.

1.º *Antes de la tentación.* Nuestro deber es *esperarla*, porque es seguro que las tentaciones vendrán, ya que Dios nos ha dicho que *«preparemos el alma para la tentación»* (Eclo.2,1), pues hay en nosotros y alrededor de nosotros todo lo que es necesario para producirla, o sea: el demonio, el mundo y la carne.

Debemos esperar la tentación, pero sin turbación alguna, porque la fe nos asegura que jamás mis tentaciones superarán mis fuerzas. Notemos que debemos esperar la tentación, sólo esperarla, es decir, *no buscarla,* evitar toda ocasión de pecado, porque *«el que ama el peligro, en él perecerá»* (Eclo.3,27), evitar todo lo que conduzca o incline al mal, por ejemplo: trato con personas peligrosas, los modales y lecturas libres, curiosidades, televisión o películas obscenas, las delicias de una vida muelle o sensual... *Vigilad y orad,* nos dice Jesucristo... Es preciso vigilar alerta para no dejarnos sorprender...

Debemos, en fin, esperar la tentación *preparados* y el arma del cristiano es la oración, jaculatorias frecuentes... *«No nos dejes caer en la tentación...»*

2.º *Durante la tentación.* Recordemos la historia de la primera tentación. Toda tentación comienza por esta pregunta: *¿Por qué no hacéis esto?* El responder a ella es ser en parte vencido; porque la respuesta encierra una duda, y la duda progresando, acaba por un consentimiento...

A todos los «porqués» del diablo respondamos con el silencio y el desprecio... Volvámosle la espalda sobre todo en las tentaciones contra la fe y

la pureza... En todas las tentaciones distintas, vervigracia, de la gula, de la pereza, de la impaciencia, de la antipatía..., cuando uno se siente arrastrado, se debe retroceder..., es necesario pisar el cuerpo, es decir, hacer lo contrario de lo que el tentador propone. *«El reino de los cielos padece violencia, y los que se la hacen lo arrebatan»* (Mt.11,12).

Hemos de velar sobre *la voluntad* es el punto más importante de la lucha. Se impone una *resistencia positiva*, y no desanimarse aunque se repita la tentación. Procurar apartarse de ella, haciendo que la mente piense en otras cosas, vg. en títulos de libros que conozco, en ciudades o monumentos que he visitado, etc... Y si las tentaciones son tenaces, lo mejor es declararlas al confesor, porque «tentación declarada, está ya medio vencida»...

3.º *Después de la tentación.* 1) *En caso de derrota,* no se debe perder el ánimo, ni acobardarse, sino levantarse, esperar y comenzar de nuevo... 2) *En caso de victoria:* No enorgullecerse; dar gracias a Dios, porque a Él sólo se le debe no haber sucumbido; no adormilarse sobre una falsa seguridad, porque el diablo no desfallecerá jamás; sabe dejarse batir durante muchos años, pero tentará otra vez y volverá a la lucha esperando ocasión de victoria. 3) *En caso de duda*: No andar con examen detallado; manifestar el corazón sencilla y sinceramente al confesor. Si no está habituado a pecar, es de creer que no se ha pecado...

Sobre las ocasiones de pecar

La vida, como dice el santo Job, es una lucha continua sobre la tierra. No temamos combates ni violencias... Miremos la corona destinada al vencedor.

Lo que todos tenemos que hacer es evitar toda ocasión de pecado. Si tal amistad me conduce al mal, no dudemos en romper con ella. Si el ir a ver tal espectáculo o visitar a tal persona, sé que me hará caer en el pecado, pues resolver firmemente no irla a visitar.

El que, por casualidad, se halla en la tentación y *no se aparta de ella* inmediatamente, pudiendo apartarse, comete en esto un pecado y puede ser dejado de la mano de Dios y caer en tentación. Y en cuanto *al que no quiere apartarse* de las ocasiones de pecar, tenemos que decir que no conseguirá el perdón de los pecados, ni después la vida eterna, porque se ve que no tiene verdadero arrepentimiento, condición indispensable para el perdón de los pecados.

Dice la moral católica: El que sin gran dificultad puede dejar la ocasión y no lo hace, no debe recibir del sacerdote *la absolución sacramental.* Sólo en caso en que muestra gran arrepentimiento y promete seria enmienda, podría absolvérsele una u otra vez; pero no más, si no se enmienda con efecto.

El que no puede dejar la ocasión sin grave daño de su honra, hacienda o posición social, puede ser absuelto una y otra vez sin que deje la ocasión; pero si continúa reincidiendo en el pecado,

se le ha de diferir la absolución hasta que deje de pecar o eche de sí la ocasión peligrosa. El que no renuncia a la ocasión de pecado va camino del infierno...

¡Cuán locos son los hombres!, dice San Agustín. Huyen de los incendios, escapan de las fieras, por el peligro de la vida corporal: mas, al contrario, lo que acarrea la muerte del alma, no lo quieren dejar. ¿Qué sacrificios no hacen los hombres para conservar la vida temporal? no rehusan ningún gasto, ningún ruego; mas por la vida eterna no quieren hacer ningún sacrificio.

Estemos prevenidos para no dar lugar a las asechanzas del demonio, que nunca duerme, sino que *«anda siempre en derredor buscando a quien devorar»* (1 Ped.5,8; Kempis).

Bienaventurado el que sabe sufrir con paciencia la tentación... Señor, ayúdame a vencerla siempre...

Las tentaciones de San Antonio Abad

Extractamos la parte relativa a las tentaciones del santo Abad y las reflexiones que inserta sobre ellas San Atanasio en la vida de aquel santo, que escribió hacia el año 357. El pensamiento dominante del autor es hacernos ver que las tentaciones diabólicas no son temibles, pues las podemos vencer con la gracia de Cristo, y se conocen fácilmente por la intranquilidad que dejan en el alma.

A) La lucha del Santo contra el demonio

El enemigo de todo bien no pudo tolerar los

santos propósitos del joven, y comenzó a moverle guerra, trayéndole a la memoria el recuerdo de sus riquezas, de su hermana abandonada, de su antigua vida, de sus comodidades y banquetes, comparando todo esto con el rigor de la vida que abrazaba. Pero, reconociéndose débil el tentado para vencer la fortaleza de nuestro Santo, recurrió a molestarle de noche «con tentaciones tales que podían ser conocidas por cualquiera, nada más que con observar el rostro y la apariencia de lucha que el joven demostraba. Recurrió, digo, a todas las armas que suelen ser tan poderosas contra la edad juvenil».

Suscitaba el diablo pensamientos obscenos, y el Santo se refugiaba en la oración; despertaba el uno las pasiones, y el otro, avergonzado, robustecía su cuerpo con la fe, la oración y el ayuno; se presentaba el desgraciado demonio en figura de mujer, imitando de noche los gestos y la apariencia femenina, y el otro pensaba en Cristo... De este modo, el que creía poderse igualar a Dios fue burlado por un adolescente... El que se revistió de nuestra carne para salvarnos y concedió a nuestro cuerpo la facultad de vencer al demonio, para que pudiéramos decir (1 Cor.15,10): *No yo, sino la gracia de Dios conmigo;* ayudaba al esforzado joven (cf. PG 26,845).

Vencido el demonio, decidió presentarse en su verdadera figura, como un jovenzuelo horrendo y negro que gritaba: ¡Yo he engañado a muchos y les he hecho desistir de sus propósitos castos; yo soy el espíritu de la fornicación! «Entonces, Antonio, dando gracias a Dios, sintióse confiado y le dijo:

Ahora sí que te desprecio, pues tus pensamientos son negros, y tú, un niño débil. *Está Yavé por mí, como socorro mío; despreciaré, pues, a todos los que me odian* (Ps. 117,7). Oído lo cual, el demonio huyó» (cf. ibid., 850, A).

«Andaba después el demonio a su alrdedor como un león que acecha la oportunidad, pero Antonio, que sabía por la Escritura lo numerosas que son las asechanzas de Satanás, se entregaba sin descanso a las prácticas ascéticas, seguro de que, aunque el demonio no hubiera podido sojuzgarle con las tentaciones de la carne, no por eso había de prescindir de otras seducciones, pues es grande amador de los pecados. Maceraba así su cuerpo más y más y lo reducía a servidumbre, no fuera que, vencedor en unas cosas, desfalleciera en otras».

Llamaban la atención sus ayunos, pues comía sólo pan y a veces se pasaba dos y hasta cuatro días sin probar alimento; dormía en una estera y aprovechaba la menor ocasión para mortificarse. «Solía decir que el alma es tanto más fuerte cuanto más se disminuyen los placeres corporales, y era sentencia suya muy admirable la de que el camino de la virtud, o el retiro buscado para ejercerla, no se miden por el tiempo, sino por el deseo y los propósitos. En cuanto a él, nunca pensaba en el que había transcurrido, sino que cada vez apretaba en sus trabajos con renovado ímpetu, como si comenzara aquel día» (Ibid., 852, B).

B) Nuevos ataques del demonio

Desesperado el demonio por sus continuas derrotas, se propuso por lo menos molestar al Santo e impedirle su oración, para lo cual lo atormentó corporalmente, llenándole de heridas. Pero Antonio, una vez que hubo sido llevado por un santo varón a su celda, cerradas las puertas, se entregó a la oración tendido en el suelo, puesto que sus llagas no le permitían sostenerse. Después de sus preces, dijo en voz alta: «No temo vuestros golpes, y, aunque me diereis muchos más, nada podrá separarme de la caridad de Cristo». Y a continuación cantaba: *Aunque acampe contra mi un ejército, no teme mi corazón Ps. 26,3)»*.

Entonces el demonio se rodeó de otros muchos y les dijo: «¿Habéis visto cómo no hemos podido nada con él, ni mediante el espíritu de la fornicación ni siquiera a fuerza de golpes?» Por lo cual, acompañado de todos ellos y adoptando formas de feroces animales, mientras sacudían los muros de su casa, intentaban impedirle el sueño y la oración con rugidos y embestidas. Antonio, atenazado por los dolores de las llagas y la molestia de la tentación, se reía, diciéndoles: «Si podéis algo, ¿por qué no viene uno solo en vez de reuniros en tanto número? ¡Ah, es que el Señor os ha quitado las fuerzas y necesitáis ser muchos!... Si podéis algo, entrad de una vez y si no podéis, ¿a qué viene molestarme? Mi sello y muro defensor es la fe en Cristo» (Ibid., 856, B).

«El Señor, sin haber olvidado a Antonio en sus luchas, vino por fin en su ayuda. Levantó el Santo

sus ojos y vio que se abría el techo y descendía un rayo de luz. Los demonios huyeron, los dolores de las heridas se calmaron, y la casa apareció sana y entera. Antonio, dirigiéndose a su invisible amparador, después de haber respirado y sentir alivio en sus heridas, le interpeló: ¿En dónde estabas? ¿Cómo no viniste a calmar mis dolores? Entonces la voz respondió: Aquí estaba, Antonio, contemplando tu lucha... Tenía entonces unos treinta y cinco años» (Ibid., 860, A).

C) Motivos contra la tentación

a) *La brevedad del esfuerzo*

«En primer lugar, esfuércense todos en no abandonar la obra comenzada, sin cansarse por el esfuerzo empeñado y sin decir: Ya he dedicado bastante tiempo a la vida ascética. Al contrario, aumentemos nuestra labor como si comenzáramos en ese momento...

La vida del hombre es brevísima si se compara con la futura... Si nos entregáramos a la ascesis durante ochenta o cien años, no nos recompensarían con otros tantos, sino con toda una eternidad. Peleamos en la tierra, pero recibimos la herencia en el cielo. Se entierra un cuerpo corruptible y lo recibimos inmarcesible» (Ibid., 868, A).

b) *La nada del mundo*

«Cuando miremos al mundo, no creamos que

hemos renunciado a algo. Todo él no vale nada comparado con el cielo. Aunque renunciáramos a la posesión de toda la tierra... Por lo tanto, el que no renuncia a toda ella, sino a una que otra miseria...».

¿A qué, pues, apetecer bienes tan pequeños y caducos? (Ibid., 868, C).

c) *Pensar en la muerte como inmediata*

«Para no caer en la tibieza conviene que meditemos el dicho del Apóstol: *Cada día muero* (1 Cor. 15,31). Si viviésemos como si hubiéramos de morir en ese día, no pecaríamos. Debemos entender esto de modo que por la mañana al levantarnos pensemos que no hemos de llegar a la tarde, y al irnos al descanso, que no habremos de amanecer. Nuestra vida es incierta y está medida por la Providencia».

De este modo no pecaremos y despreciaremos las tentaciones de la riqueza y de la carne... (Ibid., 872, A).

D) Discreción de espíritus

a) *Las diversas tentaciones*

San Atanasio, después de exponer la caída del demonio y sus esfuerzos contra los cristianos, al concitarles la enemistad de los gentiles, afirma que Satanás continúa ahora redoblando sus esfuerzos contra todos los que pretenden seguir la senda de la virtud, y aplica los mismos métodos que contra

San Antonio. Ataca primero por medio de los pensamientos y las tentaciones carnales, y después, revistiéndose, si hace falta, de hábitos y apariencia santa, toma en sus labios las palabras de la Sagrada Escritura, invita a orar cuando no conviene y a velar cuando no se debe, y todo ello para conducir al cansancio y a la desesperación a los más simples (Ibid., 876-861).

b) *El ruido no es de Dios*

No hay que temer a los demonios, porque basta para vencerlos la señal de la cruz y son fáciles de conocer.

La primera señal es el aparato con que tientan. Un ángel del Antiguo Testamento no necesitó ninguno para matar en una noche al ejército de los asirios, compuesto de ciento ochenta mil hombres (Ibid., 885, C).

c) *La paz es de Dios*

«Esta es otra señal por donde se les puede conocer fácilmente con la ayuda divina. La visión de los santos no perturba el ánimo. *No disputará ni gritará, nadie oirá su voz en las plazas* (Mt. 12,19). Con los ángeles está Dios, Señor de la paz y la alegría. Sus primeras palabras son siempre: *No temáis» (Ibid., 888, C).*

Las señales del espíritu del mal son: «el estrépito, la turbación, los pensamientos revueltos, la tristeza, el hastío de las prácticas ascéticas, el abandono, el recuerdo de los parientes, el miedo a

morir, el deseo de cosas malas y el desorden en las costumbres».

Si, por el contrario, sentís alegría, confianza, tranquilidad y fortaleza, confiad y orad. Es una prueba del amor de Dios. Así le ocurrió a Abraham, así a María, a Zacarías y a tantos otros. Todos ellos saltaron de gozo (Ibid., 896, B).

«Sea ésta vuestra señal: si el alma sigue cobarde, se trata del enemigo, porque los demonios nunca quitan el miedo, como el arcángel Gabriel se lo disipó a María y los ángeles a las mujeres en el sepulcro. Al contrario, si ven que teméis, aumentarán sus imaginaciones para deciros riendo: Adoradme de rodillas... Pero nosotros no nos dejamos engañar y contestamos: *Apártate, Satanás, porque escrito está...»* (Ibid., 897, A.).

E) La debilidad del demonio

«En cierta ocasión oí que llamaban a la puerta de mi monasterio, y, cuando hube salido a abrir, me encontré con un demonio de alta y prócer presencia. ¿Quién eres?, pregunté. Respondió: Satanás. Le repliqué: ¿Qué haces aquí? El me interrogó: ¿Por qué me acusan falsamente los monjes y cristianos? ¿Por qué me detestan tanto? Yo le dije: Y tú, ¿por qué les molestas? A lo cual me repuso. No soy yo quien les molesta, sino ellos mismos, porque yo no valgo ya para nada. ¿Acaso no has leído: *Aniquilaste al enemigo, hecho perpetua ruina?* (Ps. 9,7). Ya no tengo a donde ir, ni al campo ni a la ciudad. Todo está lleno de cristianos y de monjes. Dense cuenta de ello y no se menospre-

cien. Entonces, admirado del favor del Señor, dije: Mentiroso eres por naturaleza, pero ahora confiesas la verdad, y aunque la hayas proferido a la fuerza, sin embargo, ciertas son tus palabras. Cristo te ha dejado inerme y te ha expulsado desnudo. Oído el nombre del Salvador, y no pudiendo sufrirlo, se desvaneció» (Ibid., 904,A). (Véase *«Palabra de Cristo»*, Mon. Angel Herrera Oria).

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia Explicada (Para mejor entenderla)
La Biblia Ilustrada Compendiada
La Biblia más Bella
La Biblia a tu alcance
Curso Bíblico práctico
Catecismo de la Biblia
Historia Sagrada o de la Salvación
Nuevo Testamento Explicado, con 4 índices: general, alfabético, teológico y errores de las sectas. (Es completo, con versión del original)
Tesoro Bíblico, Teológico
Evangelios y Hechos Ilustrados
Jesús de Nazaret
Dios te Habla (libro bíblico)
El Catecismo Ilustrado
El Catecismo más Bello (Primera Comunión)
El Catecismo Conciliar, en 10 tomitos
Tesoro del Catequista: Astete explicado
El Matrimonio (Preparación y cómo vivirlo)
Bautismo y Confirmación
Catequesis Bíblicas
¿Existe Dios?
¿Existe el Infierno?
¿Existe el Cielo?
¿Quién es Jesucristo?
¿Quién es el Espíritu Santo?
¿Por qué no te confiesas?

¿Por qué no vivir siempre alegres?
¿Seré Sacerdote?
Para ser Santo
Para ser Sabio
Para ser Feliz
Para ser Apóstol
Para ser Católico Práctico
La Buena Noticia
La Caridad Cristiana
La Bondad de Dios
La Santa Misa explicada
La Virgen María a la luz de la Biblia
La Penitencia, qúe valor tiene
La Formación del Corazón
La Formación del Carácter
La Reforma de una Parroquia
La Matanza de los Inocentes (aborto y divorcio)
La Senda Desconocida (La virginidad)
La Cruz y las cruces de la vida
La Religión Verdadera y las diversas sectas
La Edad de la Juventud
Los Diez Mandamientos ¿qué valor tienen hoy?
Los Grande Interrogantes de la Religión
Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia
Los Testigos de Jehová
Los Males del Mundo
Los Ultimos Tiempos
El más Allá
El Diablo anda suelto
El Valor de la Oración
El Valor de la fe cristiana
El Padrenuestro, la mejor Oración
El Pueblo pide Sacerdotes Santos

El Dios Desconocido
El Camino de la Juventud
El Niño y su educación
El Mundo y sus peligros
El Sagrado Corazón de Jesús
Diccionario de Espiritualidad
Historia de la Iglesia
Vida de San José
Pedro, Primer Papa
Flor de un Convento
Florilegio de Mártires
Somos Peregrinos. Estamos aquí de paso
Vamos de Camino
Tu Camino (Vocacional)
Misiones Populares
De Pecadores a Santos
Pecador, Dios te espera
Joven, Levántate
Tu Conversión; no la difieras
Siembra el bien
Lágrimas de oro, o el problema del dolor
No pierdas la juventud
Siguiendo la Misa
Visitas al Santísimo (para cada día del mes)
Hablemos con Dios (Visitas al Santísimo)
Dios vive entre nosotros (Eucarístico)
Las Almas Santas
Errores Modernos (comunismo, socialismo marxista)
Marxismo o Cristianismo
Doctrina Protestante y Católica
Salmos y cánticos comentados conforme el Breviario
La esperanza en la otra vida
La Eucaristía. ¿Para qué oír la Misa?